

El cronista Herrera refiere que la costumbre de inmolarse niños en aras de los ídolos, era también propia de los antiguos indígenas de Yucatán, y Torquemada dice que igualmente la practicaban los *totonacas*.¹

El año de 1487 al tiempo de la consagración del gran *Teocalli* ó templo mayor de México, dedicado á Huitzilopochtli, fueron sacrificadas de orden del rey Ahuizotl cerca de 20,000 personas.²

Pacificadas, pues, las provincias que los mexicanos habían logrado poner bajo su dominio, no se olvidaron de dejar en ellas suficiente número de pobladores con sus respectivos jefes, templos y sacerdotes.

Los *chichimecas* á quienes vencieron en estas últimas guerras, desalojados ya del territorio invadido por los vencedores, se retiraron á las montañas de Xora, Tepec y Ahuacatlán, donde llevando una vida salvaje y miserable, se conservaron independientes por muchos años hasta la conquista de estos lugares por los españoles.

Finalmente, los mexicanos, después de haber conseguido llevar sus armas victoriosas hasta las posesiones de los *tecuexes* y otros *chichimecos*, no pudiendo permanecer más tiempo en el valle de Tuitlán, se resolvieron á abandonarlo, después de morar en él nueve ó diez años.

Dícese que instigados por su profeta ó caudillo Huitziton é impelidos por las continuas escaseces y guerras que experimentaron en tan corto tiempo, siguieron su peregrinación rumbo á México, dejando las tierras que habían conquistado, pobladas con los *tochos* ó *caxcanes*, que era la gente más irreducible, inculta y guerrera de los de su raza.³

1 Monarquía Indiana, t. II, p. 83 y 119.

2 Pérez Verdía, Compendio de Historia de México, cap. V, p. 37.

3 Mota Padilla, Historia de la Conquista de Nueva Galicia, cap. XXV, p. 127.

CAPITULO III.

(1181—1530.)

Tres y medio siglos de dudosa historia.—Vagos acontecimientos que refieren algunos autores.—Consideraciones acerca del período mencionado.—Noticias referentes á la numerosa población de varios pueblos de indígenas antes de la conquista.

Desde que los mexicanos abandonaron el valle de Tuitlán y las demás posesiones que lograron conquistar en esta provincia, (1181) corre un período de tres y medio siglos, hasta la invasión de los primeros españoles al territorio que después se llamó de Nueva Galicia, en el cual se comprendía también el de Zacatecas.

Ninguna de las historias y documentos que he consultado al formar este Bosquejo, me han proporcionado luces suficientes y claras para precisar los sucesos ocurridos en el largo transcurso de trescientos cincuenta años, siendo este, en mi concepto, el período más árido y oscuro de la historia referente á nuestro Estado.

Difícil es, por lo mismo, averiguar con certeza lo que pasó en ese tiempo entre las diversas tribus que habitaban esas tierras. Recurriendo, sin embargo, á cálculos históricos basados en el carácter ó en la fisonomía peculiar de dichas tribus, no es aventurado suponer que hayan vivido entregadas á las mismas prácticas ó costumbres propias de las razas de las cuales descendían; pero principalmente hostilizándose las unas á las otras por medio de sangrientas guerras, pues el estado de atraso y de barbarie en que vivían, las supersticiones que las dominaban, las necesidades de que se veían rodeadas, las prácticas idolátricas que ejercían, el carácter inquieto y belicoso de estaban poseídas, su escasez de cultura política y moral, no menos que la deplorable in-

diferencia con que miraban las ocupaciones de la industria y la agricultura, sin duda alguna fueron los factores principales de su marcada y favorita inclinación á los azares de la guerra y la conquista, para buscar en sus despojos la subsistencia ó el bienestar.

En apoyo de esta opinión vienen algunos hechos que creo oportuno dar á conocer aquí.

El P. Fr. Antonio Tello y D. Matías de la Mota Padilla refieren que los *zacatecos* vivían en continua lucha con los *huachichiles*; y al hablar de las ruinas de *Chicomoztoc* asientan que esa gran ciudad fué abandonada por los mexicanos á consecuencia de las guerras que estos sostenían con las tribus que los rodeaban.

El P. Fr. Francisco Frejes en su *Historia breve de la conquista de los Estados Independientes del Imperio Mexicano*, consigna la opinión de que antes de la conquista hubo en el territorio de nuestro Estado desastrosas guerras que consumieron mucha población, las cuales atribuye á cuestiones religiosas; pero yo me inclino á creer que más bien pudieron tener por origen disputas ó rencillas nacidas de la necesidad ó del propósito de dominar en el extenso territorio del Oriente y Norte de Zacatecas, territorio algo desierto y escaso de aguas manantiales, pero abundante en caza de venados, jabalíes, liebres, conejos y otros animales; abundante también en magueyes, tunas de diversas especies, dátiles y otras frutas silvestres, y particularmente en ricos criaderos de sal, que aun en los presentes tiempos rinden enormes cosechas de dicho producto.

Refiere también el P. Frejes que el caballero Boturini¹ se encontró entre los geroglíficos que se referían á la historia de estos Estados, un mapa que designaba terribles guerras que hubo en algunos pueblos, entre los que figuran *Matzapila*, *Tzacatzotla* y *Tepechalá*; esto es, Mazapil, Zacatecas y Tepezalá.

Lástima es que en medio de los estragos y la confusión de la conquista hayan perecido tantos monumentos, tantas reliquias, tantos objetos interesantes que pudieran darnos hoy suficiente idea de los acontecimientos ó de la historia de nuestros antepasados en la época á que me refiero.

¹ Idea de una nueva Historia general, Punto 20, p. 2

Pero perdidas ó cegadas las mejores fuentes donde pudiéramos saciar nuestros deseos de conocer la vida positiva de aquellas gentes, sus costumbres, sus ritos, sus luchas, sus infortunios, en fin, lo que fueron en el largo período de dos y medio siglos, no nos queda, para satisfacer en parte esos deseos, más que conformarnos con algunas tradiciones vagas, adulteradas ó truncas que nos han transmitido los conquistadores; ó bien con los retazos históricos que esparcidos aquí y allá en algunas crónicas ó documentos, acaso sirven para provocar más la tentación de romper el denso velo con que el furor, el fanatismo y el abandono de los conquistadores nos han cubierto el verdadero estado ó el cuadro que presentaban aquellas belicósas tribus que, encaramadas sobre ásperos triscos é inaccesibles montañas; vivaqueando á las márgenes de cristalinos ríos; ó asentadas sobre extensos valles y mesetas, vivieron libres en nuestro Estado celebrando sus fiestas y sus sacrificios al lúgubre sonido del *teozitli* (bocina) el *tlapanhuchuel* (tambor) y otros instrumentos; emprendiendo correrías guerreras ó cinegéticas, ó bien proporcionándose la subsistencia por los medios que la necesidad y la naturaleza podían proporcionarles, hasta que la espada de los castellanos vino á arrebatárles su independencia y sus propiedades, segando en tupida sementera millares de vidas que hoy reclaman la civilización y nuestras despobladas comarcas.

Como quiera que sea, lo que sí hay de cierto es, que poco antes de la venida de los españoles, estas tierras estaban muy pobladas, particularmente hácia Jalisco, el Nayarit y parte de Zacatecas, asegurando el benemérito Fr. Bartolomé de las Casas¹ historiador sincero y bien informado, que la provincia de Jalisco era tan fértil y estaba tan poblada, que parecía una colmena, habiendo existido pueblos de algunas leguas de extensión, lo que parece algo exagerado; pero si se toma en cuenta la manera irregular y propia de aquellos indígenas al fundar sus pueblos ó rancherías,² no resulta muy aventurada la aseveración del referido sacerdote.

El P. Tello afirma que el Teul tenía cerca de tres le-

¹ Breve relación de la destrucción de las Indias Occidentales, pág. 140.

² Torquemada, Monarquía Ind. tom. I, lib. 3º cap. V, pág. 252.

guas de extensión, y D. Matías de la Mota Padilla dice que cuando Nuño de Guzmán llegó á Tlala (Jalisco) no encontró habitante alguno, sino grandes edificios y poblaciones, unas en pié todavía y otras en ruinas, y que preguntados sobre esto algunos indígenas, dijeron que habían sido habitadas en otro tiempo y que hacía cincuenta años que los *tarascos* de Michoacán entraron en guerra con sus habitantes, destruyendo dichas poblaciones.

Esto es lo único que puedo citar como hechos ó circunstancias más notables en el lapso de tiempo antes referido, y ojalá me equivoque en la penosa suposición de que la primitiva y verdadera historia de nuestro Estado puede estar perdida para siempre. Ojalá que de entre los escombros de algún pueblo sepultado en el polvo de los siglos, brote algún día la luz que pueda guiar á los historiadores hasta encontrar el hilo de los sucesos que tuvieron lugar en el territorio de Zacatecas desde la aparición de sus primeros habitantes hasta la llegada de los europeos conquistadores. Ojalá que la mano del tiempo se encargue alguna vez de poner á nuestros pósteros en posesión de la antigua historia de este Estado, como lo ha hecho para otros pueblos, arrancando interesantes secretos á las ruinas de Nínive, Balbek, Palmira, Pompeya, Palenque y otras muchas ciudades y monumentos en cuyas arcillas, canteras, mármoles y bronce ha podido leerse el misterioso pasado de razas poderosas, de naciones opulentas, de gentes que sembraron en el mundo los primeros granos de la civilización hace muchísimos años.



CAPITULO IV.

Tribus que residían en el territorio del Estado antes de la conquista.—Los zacatecos.—Territorio que ocupaban.—Origen de los mismos.—Peregrinan de Tlaxcala hácia el Norte.—Se establecen en Zacatlán.—Sus costumbres, habitaciones, idioma, armas y organización social.

Por lo que se ha visto en los capítulos precedentes, puede asegurarse con todo fundamento que en lo que hoy constituye el territorio de nuestro Estado, residieron varias tribus indígenas denominadas *zacatecos*, *caxcanes*, *chichimecos*, *huachichiles* ó *nayaritas* y *tecuexes*.¹

Los *zacatecos*, que dieron nombre á esta parte de la República,² se extendían desde Cuzpala, Huejúcar, Jeréz y Zacatecas hasta Nieves, San Miguel del Mezquital y Chalchihuites dentro del territorio del Estado y hasta Cuencamé y Rio de Nazas en el de Durango, aunque hay autores que solo señalan al terreno ocupado por dicha tribu, una extensión de 50 á 60 leguas, y aun ménos, como el conde D. José Rivera Bernardez en su *Descripción Breve* de la ciudad de Zacatecas.

El barón de Humboldt cree que los *zacatecos*, *otomíes*, *olmecas*, *tarascos* y *cuillatecos* pudieron haber aparecido al Norte de México antes que los *toltecas*; pero lo que parece más probable es que pertenecía á la misma familia de los *ulmecas* y *xicalancas* y que como asienta Torquemada³ vi-

1 Tello, Crónica Miscelánea, CCLXIV, p. 776.

2 México á través de los siglos.—Bushman, Nombres de lugares aztecas, Boletín de Geografía y Estadística, tomo 8º p. 38.

3 Monarquía Indiana, tomo I, libro 3º cap. XI, p. 263.

vieron algún tiempo cerca de Tlaxcala, de donde fueron arrojados por los *teochichimecos*. Dícese que en ese tiempo tenían un jefe llamado *Coxanatecuhtli* y que una de las principales poblaciones que fundaron en el territorio de Tlaxcala fué Ahuayocan. Arrojadados de aquellas tierras vinieron peregrinando paulatinamente en busca de nuevos sitios para establecerse de una manera tranquila, habiendo pasado por Coyametepec, Tecoyatliyac, Amamaztilipilcayan y Huehuechocayan. Esta última voz significa *lugar del llanto de los viejos*, porque habiendo encontrado los *zacatecos* que en dicho lugar era fría y variable la temperatura, seca y árida la tierra, desprovista de suficientes alimentos y sin cerros ni cuevas que les proporcionaran abrigo contra la intemperie, sufrieron muchas privaciones y lloraron allí sus desventura.

De Huehuechocayan pasaron á Tenamitic y Otlatan, capitaneados por los caciques Ixcohuatl y Xopecantecuhtli, donde definitivamente se establecieron, y aunque no es fácil determinar los límites de ese territorio, sí se sabe que se llamó *Zacatlán*.

El P. Arlegui dice que los *zacatecos* formaban una tribu numerosa y que entre el valle del Zúchil y las Poanas tenían establecida una gran población que les servía de plaza de armas ó de cantón militar, limítrofe á las posesiones de los *tepehuanes*; los cuales eran sus más acérrimos enemigos.

Los *zacatecos* estaban muy atrasados en civilización, aunque no tanto como los *huachichiles* y otros *chichimecas*¹.

Andaban casi desnudos, pues solamente se cubrían una parte del cuerpo con pieles adobadas ó tejidos groseros, llevando la cabeza ceñida, y cuando salían á sus expediciones guerreras, se pintaban en el cuerpo figuras de serpientes, sapos y otros animales repugnantes.

Sus armas eran las mismas que usaban las tribus comarcanas, como arcos, flechas, macanas, rodela ó *chimalas*, hondas y navajas de pedernal.

Se alimentaban de animales adquiridos por medio de la caza, lo mismo que de bellotas dulces, tunas, miel de panales, maíz y calabazas.²

1 Orozco y Berra, Observaciones á la Memoria de H. Romero G. D. O. N. 1.
2 Arlegui, Crónica de Nuestro Padre San Francisco, p. 15.

Sus habitaciones consistían comunmente en pequeñas y miserables chozas de forma cónica ó *jacales*, construidas con palos y cubiertas de paja ó zacate; pero se ignora si edificaban templos ó adoratorios, por lo que no puede asegurarse cuál era el verdadero culto que rendían á sus divinidades, pues sólo se sabe por el historiador Camargo¹ que los *zacatecos* observaban las mismas costumbres y hablaban la misma lengua de los *ulmecas* y *xicalancas*.

El idioma zacateco tenía probablemente alguna afinidad ó analogía con el caxcán, pues Mota Padilla y D. José Rivera Bernardéz, dicen que los *zacatecos* entendían la lengua de los *caxcanes*, y Hervas en su Catálogo de las lenguas cree que los *topias*, *acaxees* y *tepehuanes* hablaban dialectos del zacateco.² Además, el P. Jesuita Juan Agustín, originario de Zacatecas, á fines del siglo XVI estuvo en Cerro Gordo, más allá de Nazas, y dice que entonces predicó á los indígenas de aquellos puntos en el idioma zacateco.³ Todo esto viene á confirmar el hecho de que los *zacatecos* eran una tribu ó nación muy numerosa y extendida y quizá más antigua que los *chichimecas*.

Entre las costumbres más notables de este pueblo, pueden citarse las siguientes, que también eran comunes á las tribus vecinas del lado Norte ó Noroeste.

Para adiestrar á sus hijos desde muy niños á manejar el arco y la flecha, los hacían que con estos instrumentos, proporcionados á su edad ó potencia, se ejercitaran matando moscas y pequeños animales, hasta que gradualmente llegaban á ser consumados cazadores y guerreros.

Cuando querían contraer matrimonio mataban un venado, el cual conducían á la puerta de la casa donde vivía la novia, dejándolo allí. Si la pretensa ó sus parientes hacían uso del venado, era prueba de voluntad ó aquiescencia para el deseado matrimonio; pero si dejaban abandonada dicha pieza, era señal evidente de lo contrario. El divorcio tenía lugar por el solo hecho de disgustarse de la vida conyugal alguno de los casados, pudiendo contraer nuevo matrimonio con otras personas, si convenía á los divorciados.

Para celebrar amistad ó alianza con alguna tribu extra-

1 Historia Tlaxcalteca.

2 Hervas, Cat. de las lenguas, tom. I, p. 327.

3 Alegre, Hist. de la Compañía de Jesús, tom. I, p. 28.

ña, apelaban á una ceremonia rara y cruel. Elegían un indio de su propia raza y lo encerraban en un aposento por veinticuatro horas, dejándolo sin comer y embriagándole con fuertes bebidas. Pasado ese tiempo lo ponían cerca de una hoguera y le frotaban bien los oídos, perforándoselos después con un hueso ó instrumento punzante hasta hacer que brotara la sangre, con la cual cada uno de los circunstantes que buscaban dicha alianza, se ungía el pecho.¹ En esta bárbara ceremonia, como en algunas otras que practicaban los *zacatecos*, las libaciones, cantos y bailes ó *mitotes* contribuían á dar importancia y lucimiento á la fiesta.

El P. Juan Agustín ya citado refiere también que dichos indígenas tenían la costumbre de llorar á sus muertos durante un año, lo que prueba que si estaban poseídos de algunos sentimientos de ferocidad y de barbarie en algunas de sus costumbres, las nociones de la moral y del afecto á la familia no eran enteramente nulas en ellos.

Eran diestros conocedores de las virtudes terapéuticas de muchas plantas; pero su medicamento favorito y heróico era la planta que se conoce todavía con el nombre de *peyotl*, con la cual confeccionaban también cierta bebida embriagante. Usaban las pencas ú hojas del maguey machacadas, para cataplasmas, ó para friccionarse el cuerpo cuando se sentían desfallecidos por falta de fuerzas ó postrados por algún otro accidente.

Si después de haber hecho grandes jornadas ó fuertes ejercicios en terrenos pedregosos y accidentados, se hinchaban de los piés ó de las piernas, se hacían incisiones en la parte dañada, por medio de espinas ó pedernales agudos, hasta derramar abundante sangre.

El zumo de algunas hierbas les servía para envenenar las flechas, con las que ocasionaban terribles heridas.

En cuanto á la organización social y á la forma de gobierno á que estaban sujetos, muy poco se sabe, y apenas puede decirse que vivían congregados en pueblos y rancherías,² sin otra autoridad que los jefes de las familias y los caciques ó capitanes, quienes tomaban el mando en las correrías y en las expediciones guerreras, mostrándose los su-

¹ Baneroft, History of México, Ch. XXXII.

² Torquemada, Monarquía Indiana, t. 3º, lib. 19, c. XVI, p. 34.

balternos siempre obedientes con sus jefes y prontos y resueltos á defender sus derechos y su territorio.¹ Más adelante se verá que los *zacatecos*, que contaban con un atrevido y popular caudillo llamado *Tenamaxtle*, ayudaron denodadamente á los *caxcanes* á combatir en sangrientos y heróicos combates contra los españoles.

Respecto á otras costumbres comunes á los *zacatecos* y demás tribus de este territorio, el P. Arlegui en su *Crónica de la Provincia de Nuestro Padre San Francisco* hace referencias curiosas y detalladas, que deben consultar todas aquellas personas que deseen tener conocimientos más extensos acerca de las referidas costumbres.

¹ Arlegui, Cron. de Nuestro Padre San Francisco, c. II, p. 9.